

lución cuando mantenéis diferencias con el prójimo. Después de haber tenido alguna dificultad con él, habéis de hallaros dispuestos a servirle con tan buena voluntad y agrado cual si durante la vida no os hubiese hecho más que favores. Si os limitáis a decir que no le deseáis mal alguno, pero continuáis sin reanudar las relaciones; si no le saludáis cortésmente, huís de su compañía, lo posponéis a otros: entonces es que no le amáis cual debierais para que Dios os perdone los pecados. Dios no os perdonará sino a condición de que perdonéis de veras a vuestro prójimo; por lo cual, mientras en vuestro corazón sintáis la más leve sombra de resquemor, lo más procedente es esforzarse en desarraigarlo; y después de ello podréis recibir dignamente la absolución. No ignoro que se puede, y hasta debe, evitar la compañía de aquellas gentes que pueden exponernos a disputas y desavenencias con otros, por no saber hablar de otra cosa que de la conducta del vecino. Por lo que se refiere a esa clase de personas, ved cómo debéis portaros: no frecuentar su compañía sino en caso necesario; no odiarlas, ni hablar mal de ellas, contentarse con encomendarlas a Dios. Oíd lo que Jesucristo nos dice en el Evangelio: «Si, al hallarte junto al altar para presentar tu ofrenda, te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, o que le ofendiste en alguna cosa, deja allí tu ofrenda y corre primeramente a reconciliarte con el hermano» (1). «Un juicio especial está reservado para aquel que no habrá sido misericordioso con su hermano» (2). Comprenderéis pues, H. M., lo mismo que yo, que, cuando guardamos resentimiento contra alguien, no debemos recibir la absolución, ya

(1) Si ergo offers munus tuum ad altare, et ibi recordatus fueris quia frater tuus habet aliquid adversum te: relinque ibi munus tuum ante altare, et vade prius reconciliari fratri tuo (Matth., V, 23-24).

(2) Iudicium enim sine misericordia illi qui non fecit misericordiam (Iac., II, 13).

que ello sería exponernos al sacrilegio, que es la mayor de todas las desgracias.

4.º De la misma manera deben ser tratados los que causaron perjuicio al prójimo y se resisten a reparar el mal que le hicieron, ya en sus personas, ya en sus bienes; ni aún puede absolverse al que se halla en trance de muerte, y, estando obligado a alguna restitución, la deja para sus herederos. Todos los Padres están contestes en que aquel que posee bienes ajenos, y, pudiendo restituir, no los restituye, no debe esperar el perdón de sus pecados.

5.º Digo también que ha de ser denegada la absolución a los que se hallan en ocasión próxima de pecado y no quieren salir de ella. Entiéndese por ocasión próxima de pecado, todo cuanto, ordinariamente, es causa de cometerlo, como los espectáculos inmorales, los bailes y danzas, los malos libros, las conversaciones impuras, las canciones profanas, las pinturas indecentes, los vestidos deshonestos, las malas compañías, la comunicación arriesgada con personas de distinto sexo, mantener relaciones con las personas con quienes se pecó ya, etc... Están también en ocasión próxima los comerciantes que no saben vender sin mentir o injuriar, los taberneros que venden bebidas a los beodos, o durante la misa del domingo, o a altas horas de la noche; como también los criados que se ven solicitados al mal por alguien de la casa en que sirven. A todas estas personas, el sacerdote, si no quiere condenarse, no debe ni puede darles la absolución, a menos que prometan formalmente apartar la ocasión dejando y renunciando a todo lo que puede llevarlas al pecado. De lo contrario, al recibir la absolución, cometen un horrible sacrilegio.

6.º Débese también denegar la absolución a los escandalosos, esto es, a los que, con sus palabras, consejos o perversos ejemplos, inducen a los demás a pe-

car ; tales son los malos cristianos que hacen mofa de la palabra de Dios y se burlan de los que la predicán, sean sus pastores, sea otro sacerdote cualquiera ; que se ríen de la religión, de la piedad y de las cosas santas ; que profieren palabras contrarias a la fe o a las buenas costumbres ; los que sostienen en sus casas reuniones mundanas, bailes profanos y juegos prohibidos ; los que poseen cuadros deshonestos o indecentes, libros malos ; así como también las mujeres que se adornan con intención de llamar la atención de los hombres, y con sus miradas, con sus maneras y con su porte son causa de que se cometan tantos adulterios y fornicaciones en lo íntimo del corazón. El confesor, dice San Carlos, debe denegar la absolución a todas esas personas, pues escrito está : «Desgraciado aquel por quien el escándalo entra en el mundo» (1).

7.º Digo, además, que debe ser denegada la absolución, o bien diferida, a los pecadores habituales, que caen tiempo ha y constantemente en los mismos pecados y no hacen esfuerzo alguno, o a lo menos no ponen la adecuada diligencia, en corregirse. Pertencen a este número los que tienen la costumbre de mentir en todo momento, sin hacer escrúpulo de ello, complaciéndose en faltar a la verdad tan sólo para hacer reír a los demás ; como también los que poseen el mal hábito de murmurar del prójimo, teniendo siempre algo que decir a su costa ; los que juran sin motivo alguno y profieren malas palabras por cualquier cosa ; los que acostumbran comer a todas horas, aun sin necesidad ; los que en todo momento y por la más leve cosa se impacientan ; los que comen y beben en exceso ; los que no ponen diligencia alguna en corregir los pensamientos de orgullo, de vanidad o contra la pureza ; finalmente, tampoco han de ser absueltos los que no confiesan por sí

(1) *Vae homini illi, per quem scandalum venit* (Matth., XVIII, 7).

mismos sus pecados, sino que aguardan a que el confesor los pregunte. No es el sacerdote quien debe confesarse, sino vosotros ; si el sacerdote os hace alguna pregunta, es para suplir lo que vosotros no podíais llegar a conocer. ¡ Ay ! a algunos débenseles arrancar los pecados del fondo de su corazón, por decirlo así ; y los hay hasta que llegan a discutir con el confesor diciendo que, al cometer tal o cual cosa, no hicieron gran mal. Es evidente que tales personas no son dignas de recibir la absolución, pues les faltan las disposiciones necesarias para recibir sin profanación el sacramento. Todos los Padres están de acuerdo en este punto, a saber, que cuando en la persona que se confiesa no se nota enmienda ni cambio alguno, su penitencia es falsa y engañosa. El Santo Concilio de Trento nos prescribe dar la absolución tan sólo a aquellos en quienes se observa la cesación del pecado, el odio y detestación del pasado, el propósito y el comienzo de una vida nueva. Tales son, H. M., las reglas de las cuales no puede apartarse el confesor si no quiere perder a sus penitentes y a sí mismo.

Pero veamos ahora cuáles son las razones que se alegan para inducir al confesor a prodigar la absolución. Unos dicen que denegar la absolución a los que se confiesan con cierta frecuencia, es destruir la religión, y presentar como muy difícil lo que ella nos ordena ; que ello es rechazar a los pecadores, y moverlos a abandonar la religión ; que es arrojarlos al infierno ; que muchos otros no son tan exigentes ; que a lo menos se tendría el consuelo de ver cada año en las parroquias a mucha gente que cumpliría la Pascua y acudiría gustosa a confesarse ; que quien todo lo quiere, todo lo pierde. Los que argumentan de esta manera, H. M., son, en primer lugar, los que no merecen tal gracia. Pero, amados míos, desde los comienzos de la Iglesia, todos los Padres siguieron esta regla, a saber :

que es absolutamente necesario haber dejado el pecado para recibir la absolución. Tales negativas sólo parecen duras a los pecadores impenitentes; semejante criterio sólo puede repugnar a los que no piensan en convertirse. En efecto, H. M., ¿cuál es el resultado de esas absoluciones precipitadas? Demasiado lo sabéis por experiencia propia. ¡Ay! una cadena de sacrilegios. Apenas recibisteis la absolución, volvéis a caer en los mismos pecados de antes; la facilidad con que obtuvisteis el perdón, os hizo esperar que de la misma manera lo obtendríais otra vez, y esta es la causa de continuar en el mismo género de vida; mientras que, si os hubiesen denegado la absolución, habríais reflexionado, y hubierais abierto los ojos ante el triste cuadro de vuestra desgracia, de la cual ahora quizá no saldréis jamás. Vuestra vida miserable es realmente una serie de absoluciones y recaídas. ¡Dios mío, cuánta desgracia! Ya veis a dónde os lleva nuestra desdichada facilidad en absolveros. De manera que, cuando estáis faltos de las debidas disposiciones para recibir la absolución, es mayor crueldad concedérosela que denegárosla. Dice San Cipriano que un sacerdote debe atenerse a las reglas de la Iglesia, y esperar a que su penitente dé señales ciertas del cambio operado en su corazón, comenzando a llevar una vida distinta de la que llevaba antes de confesarse; pues vemos que el mismo Jesucristo, con ser Dios y dueño y señor de la gracia, sólo concedió el perdón a los verdaderamente arrepentidos, acogió al buen ladrón, por ser sincera su conversión; pero rechazó al malo a causa de su impenitencia. Perdonó a San Pedro, cuyo arrepentimiento conocía; y abandonó a Judas, por ser falsa también su penitencia. ¡Triste cosa para el sacerdote y para el penitente, dar el primero la absolución al segundo cuando éste no la merece, y que, en el momento de pronunciar el ministro: «Yo te absuelvo», Jesucristo diga: «Yo te condeno...»!

¡ Ay ! ¡ cuán grande es el número de esos infelices, pues son tan pocos los que, después de haber recibido la absolución, dejan el pecado y cambian de vida !

Todo esto es muy cierto, me diréis ; pero ¿ qué pensarán de mí, si, después de haberme visto confesar varias veces, no cumplo con la Pascua ? Van a creer que llevo mala vida ; por otra parte, conozco yo a otros mucho más pecadores que yo y, no obstante, *pasaron*: ha recibido usted a fulano que comió carne conmigo en día prohibido ; que los domingos se fué como yo mismo, a... — La conciencia del otro no es la tuya ; si él obra mal, no debes escucharle. ¿ Es decir, que, para salvar las apariencias, estás dispuesto a cometer un sacrilegio y condenarte ? ¿ No sería ello la peor de todas las desdichas ? ¿ Temes ser notado porque te confesaste muchas veces y no te ven comulgar ? ¡ Ah ! amigo mío, teme principalmente los ojos de Dios, ante quien cometiste el mal, y no te preocupes de lo demás. Dices que conoces personas más culpables que tú y que, no obstante, *pasaron*. ¿ Qué sabes tú ? ¿ Es que tal vez ha bajado un ángel del cielo para comunicarte que Dios no les tocó el corazón y no se convirtieron de veras ? Y aunque esto fuese cierto, ¿ debes acaso obrar mal porque los demás lo hacen ? ¿ Querrás condenarte porque los otros se condenan ? Dios mío, ¡ qué manera de hablar tan descabellada ! — Pero dicen aún esos penitentes que no sólo no se convirtieron, sino que ni tienen ganas de hacerlo, y sí solamente de salvar las apariencias : ¿ Cuándo podré venir a comulgar ? desearía no tardar mucho. — ¿ Cuándo podrás venir a comulgar ? Escucha a San Juan Crisóstomo ; él nos enseñará cuándo hay que venir a comulgar. ¿ Será por Pascua, por Pentecostés, por Navidad ? No, dice. ¿ Será, pues, a la hora de la muerte ? No, dice también. ¿ Cuándo será, pues ? Cuando hayáis renunciado para siempre y de veras al pecado y estéis resueltos a no recaer jamás,

con el auxilio de la gracia divina ; cuando hayáis restituido esas riquezas que no os pertenecen ; cuando os hayáis reconciliado con vuestro enemigo ; es decir, cuando os hayáis convertido totalmente y de verdad. — Otros pecadores nos dirán : si oponéis tantos reparos, iremos a otro confesor que nos absolverá más fácilmente. Mirad cuántas veces he venido ya ; y yo tengo otras ocupaciones que no me permiten perder el tiempo en tantas idas y venidas ; mucho tardará usted en verme ; bien se ve que me tiene antipatía. ¿ Qué mal tan grave cometí ? — ¿ Acudirás a otro, amigo mío ? muy dueño eres de acudir a quien te parezca mejor ; pero ¿ vas a creer que otro confesor se hallará más dispuesto que yo a condenarse ? Indudablemente que no. Si te recibe es porque no te conoce bastante. ¿ Quieres saber lo que es la persona que habla de esta suerte y se va a otra parte a buscar la absolución ? Escucha pues, y tiembla. Es una persona que abandona al guía que podría conducirla a puerto seguro, para procurarse un pasaporte que la lleve directamente al infierno. — Pero, me dirás, ¡ cuántas veces he venido ya ! — Pues enmiéndate, amigo, y pasarás al momento. — Mucho tiempo tardaré en volver. — Tanto peor para ti, amigo mío. Y si no vienes más, andas a paso de gigante por el camino del infierno. Los hay tan ciegos que llegan a creer que el confesor, al no darles la absolución, es que les tiene mala voluntad, que *quiere algo de ellos* (1). No hay duda, amigo mío, que quiere algo de ti : es la salvación de tu pobre alma ; por esto no quiere absolverte, pues con ello, lejos de salvarte, te condenaría por toda una eternidad. — Pero, añades aún, ¿ qué mal tan grave he cometido ? No maté ni robé... — ¿ No mataste ni robaste, dices ? Pero has de saber,

(1) Ha sido preciso traducir literalmente la frase «leur en veut», para no deshacer el juego de palabras del original (N. del Trad.).

amigo, que en el infierno hay muchas personas que jamás robaron ni mataron; no son estos los únicos pecados que arrastran las almas al infierno. Pero si nosotros, los sacerdotes, fuésemos demasiado indulgentes en daros la absolución sin merecerla, vendríamos a convertirnos en verdugos de vuestra pobre alma, que tantos sufrimientos costó a Jesucristo (1).

Escuchad, H. M., este rasgo histórico, y con ello veréis lo que vienen a ser esas absoluciones precipitadas, sin aguardar a que el penitente esté dispuesto. Nos refiere San Carlos Borromeo que había en Nápoles un hombre rico que llevaba una vida no muy cristiana. Dirigióse a un confesor tenido por indulgente y fácil en absolver. Y en efecto, el sacerdote, no bien hubo oído la confesión, absolvió al penitente sin que éste diese muestra alguna de arrepentimiento. El caballero aquel, aunque sin religión, quedó extrañado de tanta facilidad en absolver, cosa muy distinta de lo que había observado en otros confesores sabios e inteligentes; levántose de súbito, y sacando del bolsillo algunas monedas dijo: «Tomad, Padre, recibid estas monedas y guardadlas hasta que nos volvamos a encontrar en un mismo lugar. — ¿Cuándo, y en qué lugar nos veremos, le contestó el sacerdote extrañado? — Padre mío, en lo profundo de los infiernos, donde muy pronto estaremos ambos: vos, por haberme dado una absolución de la que era indigno, y yo, por haber tenido la desdicha de recibirla sin estar convertido».

¿Qué os parece todo esto, H. M.? Meditémoslo juntos; unos y otros tenemos de qué temblar. — Pero, me diréis, ¿cuándo, pues, se puede recibir la absolución?—Cuando estéis convertidos, y hayáis cambiado en vuestra manera de vivir; cuando supliquéis a Dios que haga conocer al confesor las disposiciones de vues-

(1) Instrucción a los jóvenes, p. 172. (Nota del Santo).

tro corazón ; cuando hayáis cumplido exactamente lo que el confesor os prescribió, y seáis puntuales en volver en el tiempo que os señaló. Refiérese de un pecador que se convirtió en una misión, y habiéndose confesado, hallóle el confesor tan bien dispuesto que quiso absolverle. Y aquel pobre le dijo : «¡ Cómo, Padre mío ! ¡ absolverme a mí ! ¡ Ah ! deje usted que por algún tiempo llore los pecados que tuve la desgracia de cometer ; póngame a prueba, a fin de que le quede la seguridad de que es sincero mi arrepentimiento ». Y al recibir la absolución, creía morir de dolor. ¡ Dios mío ! ¡ cuán raras son tales disposiciones ! ¡ Pero cuán raras son también las buenas confesiones ! De todo lo cual hemos de sacar que nunca hemos de pedir con urgencia la absolución al confesor, ya que siempre hemos de vivir bajo el temor de no estar bastante dispuestos, es decir, convertidos. Pidamos a Dios, al confesarnos, que nos convierta de veras, a fin de que nuestros pecados sean realmente perdonados. Esta es la gracia que os deseo.

DOMINGO DÉCIMOCUARTO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE EL SÉRVICIO DE DIOS

*Quærite primum regnum Dei et
iustitiam eius.*

Buscad primeramente el reino de
Dios y su justicia.

(S. Mateo, VI, 33.)

Cuéntanos San Mateo que, hallándose Jesucristo un día ante ciertas gentes que se preocupaban demasiado de los negocios temporales, les dijo : «No os inquietéis demasiado por todo esto ; buscad primeramente el reino de los cielos y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura» ; queriendo significar con ello que, si acertaban a emplear todas sus energías en agradar a Dios y salvar el alma, su Padre los proveería de cuanto les fuese necesario para atender al cuerpo. — Pero, pensaréis, ¿cómo lo haremos para buscar el reino de los cielos y su justicia? — ¿Cómo, H. M.? Nada más fácil ni más consolador : consagrándoos al servicio de Dios como el solo y único medio que nos queda para alcanzar el fin noble y dichoso para el cual fuimos creados. Sí, H. M., todos lo sabemos, y hasta los más grandes pecadores están de ello convencidos, que en este mundo no tenemos otra misión que la de servir a Dios, practicando lo que El nos mande. — Pero, me diréis, ¿por qué son tan escasos los que a este fin laboran? — Ved la razón, H. M. : porque muchos

consideran el servicio de Dios como una cosa muy difícil; se creen sin fuerzas para tamaña empresa, o bien piensan que, después de comenzada, no podrán perseverar. Esto es precisamente lo que desanima y extravía a la mayor parte de los cristianos. En vez de atender a esas consoladoras palabras del Salvador, que no puede engañarnos, y nos dice que es dulce y agradable emplearnos en su servicio, y que en ello encontraremos la paz del alma y la alegría del corazón (1)... Pero, para que lo comprendáis mejor, os haré ver ahora quién lleva una vida más dura, más triste, más penosa: aquel que cumple con fidelidad sus deberes religiosos, o aquel que los abandona para ir en pos de sus placeres y de sus pasiones para gozar de toda libertad (2).

I. — Sí, H. M., en cualquier aspecto que consideremos el servicio de Dios, el cual consiste en la oración, la penitencia, la frecuencia de sacramentos, el amor a Dios y al prójimo y una absoluta renuncia de sí mismo; sí, H. M., en todo esto hallaremos sólo alegría, placer, felicidad para el presente y para el porvenir, según vais a ver. Quien conozca la religión y la practique, sabe que las cruces, las persecuciones, los desprecios, los sufrimientos, la pobreza y la muerte, vienen a transformarse en dulzura, consuelo y recompensa eterna. Decidme, ¿os habéis jamás formado de ello perfecta idea? Seguramente que no. Sin embargo H. M., es tal como os lo digo, y, para probároslo de manera que no os quepa duda, escuchad al mismo Jesucristo: «Bienaventurados los pobres, pues de ellos es el reino de los cielos; y desgraciados los ricos, puesto

(1) Matth., XI, 29-30.

(2) Es decir, que sólo se preocupa de las necesidades del cuerpo, diciendo: ¿Qué vamos a comer, con qué nos vestiremos? (Nota del Santo).

que es muy difícil que los ricos se salven» (1). Ya veis, pues, cómo, según Jesucristo, la pobreza no nos hará desgraciados, ya que el mismo Salvador nos dice: «Bienaventurados los pobres».

Tampoco nos hará infelices el sufrimiento y la tristeza; puesto que nos dice Jesucristo: «Bienaventurados los que lloran y se ven perseguidos, pues día vendrá en que serán consolados (2); pero desgraciado el mundo y los que se aficianan a sus placeres, pues día vendrá en que su alegría se transformará en lágrimas y tristeza eterna» (3).

Tampoco el vernos despreciados nos acarreará desgracia, pues dijo Jesucristo: «Así como me desprecian a Mí, también os despreciarán a vosotros; así como me persiguen a Mí, también os perseguirán a vosotros; pero, lejos de entristeceros por ello, regocijaos, pues una gran recompensa os espera en el cielo» (4). Decidme, H. M., ¿qué podrá objetar aquel hombre que quiere darnos a entender que es desgraciado, y nos pregunta cómo podrá salvarse en medio de tantas persecuciones, calumnias e injusticias de que es objeto? No, no, hermano, habremos de decirle: sólo una cosa hay en este mundo capaz de hacernos desgraciados, y es la falta de religión; así es que el hombre, a pesar de cuantas tribulaciones pueda experimentar acá en la tierra, si se mantiene fiel en servir a Dios, no dejará de ser feliz.

Hemos dicho, H. M., que el que se aficiona al servicio de Dios se siente más feliz que la gente del mundo en las horas en que todo anda según sus deseos; y hasta vemos que muchos santos sólo se gozaban en

(1) *Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est regnum caelorum* (Matth., V, 3). — *Quia dives difficile intrabit in regnum caelorum* (Matth., XIX, 23).

(2) Matth., V, 5, 10.

(3) Luc., VI, 25.

(4) Ioan., XV, 20; Luc., VI, 23.

la felicidad del sufrimiento; de lo cual tenemos un ejemplo admirable en la persona de San Andrés. Refiérese en su vida (1) que Egeo, gobernador de la ciudad, viendo que San Andrés con sus predicaciones dejaba casi desierto el templo de sus falsas divinidades, mandó prenderle. Al presentarse el Santo ante su tribunal, díjolo aquél en tono amenazador: «¿Eres tú el que hace alarde de destruir el templo de nuestros dioses, y predica una nueva religión?» San Andrés respondió: «La religión que predico no es nueva, ella comenzó con el mundo.» — «O renuncias a tu crucificado, o te haré morir en cruz como El». — «Nosotros los cristianos, contestó San Andrés, no tememos los sufrimientos, ellos constituyen toda nuestra felicidad en la tierra; cuanto más nos asemejemos a Jesús crucificado, tanto mayor será nuestra gloria en el cielo; antes te cansarás tú de atormentarme que yo de sufrir». El procónsul le condenó a muerte de cruz; mas, para prolongar el suplicio, mandó que no fuese clavado, sino atado a la misma con cuerdas, a fin de hacerle padecer más tiempo. Fué tanto el contento de San Andrés al saber que le habían condenado a morir en cruz como Jesucristo, su divino Maestro, que, al ver que iban a asistir a su muerte más de dos mil personas afligidas y derramando lágrimas, temiendo no le privasen de lo que él consideraba como una gran dicha, levantó la voz para pedir por favor a los concurrentes que no retardasen su martirio. Y en cuanto divisó a lo lejos la cruz donde debían sujetarle, exclamó, con transportes de alegría: «¡Salve, oh Cruz venerable, que fuiste consagrada y honrada por el contacto del Cuerpo adorable de Jesucristo, mi divino Salvador! ¡Oh sagrada Cruz! ¡oh Cruz tan deseada! ¡oh Cruz amada con tanto

(1) V. Ribadeneyra, 30 de noviembre. De este autor sacó el Santo la narración del martirio del santo apóstol y muchos otros rasgos de la vida de los Santos que refiere en el transcurso del libro.

ardor ! ¡ oh Cruz a la que he buscado y deseado con tanto celo y sin descanso ! ¡ tú serás la que vas a satisfacer todos los anhelos de mi corazón ! Oh Cruz amada, recíbeme de manos de los hombres, para entregarme en manos de Dios, a fin de que desde tus brazos pase a los de Aquel que me redimió». El autor que escribió esta Vida (1) nos dice que, al hallarse el Santo al pie de la cruz para ser atado a ella, ni cambió el color de su rostro, ni se le crisparon los cabellos, como sucede por lo regular a los criminales, ni perdió la voz, ni la sangre se le heló en las venas, ni quedó sobrecogido del menor espanto ; antes al contrario, el fuego de la caridad en que se abrasaba su corazón, salía en ardientes llamas por su boca. Cuando estuvo junto a la cruz, despojóse él mismo de sus vestiduras y las entregó al verdugo ; subió sin ayuda de nadie al peldaño que estaba cabe el madero. Los espectadores, que pasaban de veinte mil, al ver a San Andrés atado a la cruz, pusieronse a gritar que era una injusticia dar muerte a un hombre tan santo, y se dirigieron turbulentamente al palacio para vengarse en el procónsul, caso de que no librase al mártir. Temiendo por su vida, el procónsul se fué al lugar del suplicio para mandar que desatasen al Santo. En cuanto San Andrés le vió llegar a lo lejos, exclamó : «Oh Egeo, ¿a qué vienes? Si vienes para comenzar a conocer a Jesucristo, bien venido ; pero si vienes para hacerme desatar, detén-te, no pases adelante, sabe que no conseguirás tu objeto y que tendré el consuelo de morir por mi divino Maestro ! ¡ Ah ! veo ya a mi Dios, y le adoro junto con todos los bienaventurados». A pesar de esto, el gobernador quiso hacerle desatar, por temor de que el pueblo no se volviese contra él ; pero resultó imposible cumplir el mandato : a medida que se acercaban a él para soltarle las ligaduras,

(1) San Bernardo, citado por Ribadeneira.

faltábanles las fuerzas y quedaban inmóviles. Entonces San Andrés, levantando los ojos al cielo, exclamó : «Dios mío, os pido la gracia de que no permitáis que vuestro siervo, que está en cruz por haber confesado vuestro nombre, reciba la humillación de ser libertado en virtud de las órdenes de Egeo. ¡ Dios mío ! Vos sois mi Maestro, y sabéis que no he buscado ni deseado más que a Vos». Al terminar estas palabras, vióse una luz en forma de globo rodear todo su cuerpo, despidiendo un suavísimo olor que deleitó a todos los asistentes, y en aquel mismo momento su alma salió de este mundo para volar a la eternidad. ¿ Lo veis, H. M. ? el que conoce su religión y se mantiene fiel en servir a Dios, no considera los sufrimientos como desgracias ; antes bien los desea y los tiene por bienes inestimables. Sí, H. M., hasta en este mundo, el que tiene la suerte de mantenerse unido a su Dios, es más dichoso que el mundo con todos sus placeres. Escuchad a San Pablo : « Sí, nos dice (1), soy más feliz en medio de mis cadenas, en mis prisiones, en los desprecios y sufrimientos, que no lo son mis perseguidores en su libertad, en su abundancia y en su crápula. Mi corazón está tan lleno de alegría, que es incapaz de contenerla, y le rebosa por todos lados » (2). Sí, no hay duda, H. M., que San Juan Bautista es más feliz en el desierto donde mora, abandonado de todo humano auxilio, que Herodes en su trono, como sepultado en sus riquezas y sumido en la bienandanza de sus infames pasiones. San Juan en el desierto conversa plácida y familiarmente con Dios, como un amigo habla a otro amigo, mientras Herodes se ve devorado por un secreto temor de perder el reino, que le llevó a ordenar la degollación de tantos y tantos niños (3). Mirad también a David : ¿ no se siente más dichoso huyen-

(1) Act., XXVI, 29.

(2) II Cor., VII, 4.

(3) Matth., II, 16.

do de la ira de Saúl, aunque compelido a pasar la noche en las selvas (1); traicionado y abandonado de sus mejores amigos, pero unido durante todo aquel tiempo a su Dios, en quien deposita toda la confianza; no es más feliz, digo, que Saúl en medio de la abundancia, de las riquezas y de los placeres? David bendice al Señor por alargarle aquellos días de prueba, ya que así dispone de más tiempo para sacrificarse por amor de su Dios, mientras que Saúl maldice su vida y viene a convertirse en verdugo de sí mismo (2). ¿De dónde proviene todo esto, H. M.? ¡Ay! es que el uno es fiel en el servicio de Dios y el otro lo ha abandonado.

¿Qué habremos de concluir de todo esto, H. M.? Pues, que no son ni los bienes ni los honores ni la vanidad lo que puede hacer feliz al hombre aquí en la tierra, sino solamente la fidelidad en el servicio de Dios, cuando tenemos la dicha de conocerlo y de someternos a él. Aquella mujer que se ve despreciada de su marido, no es infeliz en su estado precisamente por verse despreciada, sino porque ignora su religión, o bien no practica lo que ella le ordena. Enseñadle la doctrina cristiana, y veréis cómo, desde el momento en que la practique, cesa de quejarse y de tenerse por infeliz. ¡Oh! ¡cuán dichoso sería el hombre, hasta en este mundo, si conociese su religión y acertase a practicar lo que ella ordena, si considerase los bienes con que nos brinda para la otra vida!

¡Oh! ¡cuán grande es el poder de una persona ante Dios, cuando le ama y le sirve con fidelidad! ¡Ay! H. M., contemplad a una persona, despreciada del mundo como si sólo fuese digna de ser hollada bajo sus plantas, y ved cómo se hace dueña de la voluntad y omnipotencia del mismo Dios. Contemplad a un Moisés

(1) I Reg., XXIII.

(2) I Reg., XXXI.

forzando al Señor a perdonar a trescientos mil hombres muy culpables por cierto (1) ; mirad a Josué mandando al sol detener su carrera, y dejándole inmóvil (2) : cosa que jamás sucediera y que quizá no volverá a suceder en los futuros tiempos. Mirad a los apóstoles : sólo por la fuerza de su grande amor a Dios, huían los demonios en su presencia, los cojos andaban, los ciegos veían, los muertos resucitaban. Contemplad a un San Benito, que ordena a los peñascos detenerse en su caída, y ellos quedan suspendidos en el aire ; vedle multiplicando los panes, haciendo manar agua de las peñas, y convirtiendo las piedras y maderos en cosas ligeras cual una paja (3). Ved a un San Francisco de Paula ordenando a los peces que salgan a escuchar la palabra de Dios, y acudiendo éstos tan fielmente a su invitación que llegan a dar muestras de asentimiento a la palabra del Santo (4). Mirad a un San Juan imponiendo silencio a los pájaros y siendo obedecido por ellos (5). Ved a otros atravesando los mares sin bajel ni auxilio humano (6). Pues bien, fijaos ahora en esos impíos, en esos grandes según el mundo, con su talento y su ciencia : ¡ ay ! ¿ de qué son ellos capaces ? de nada absolutamente ; y ¿ por qué esto sino porque no están adscritos al servicio de Dios ? ¡ Oh ! ¡ cuán feliz y al mismo tiempo cuán poderoso es aquel que conoce su religión y practica sus preceptos !

¡ Ay ! H. M., ¡ cuán desgraciado e impotente es el que vive dominado por sus pasiones y abandona el ser-

(1) Exod., XXXII, 31.

(2) Ios., X, 12.

(3) Véase *Las Vidas de los Santos*, de Ribadeneyra, t. II, 21 marzo.

(4) Este milagro de los peces está referido en la vida de San Antonio de Padua, pero no, que sepamos, en la de San Francisco de Paula.

(5) Este milagro está narrado en la vida de San Francisco de Asís.

(6) Por ejemplo, San Ramón de Peñafort y San Francisco de Paula, citado más arriba.

Todos estos rasgos se hallarán en las *Vidas de los Santos* citados, escritas por Ribadeneyra.

vicio de Dios ! Poned un cadáver ante un ejército de cien mil hombres, y haced que todos se esfuercen en probar de resucitarle : no, no, H. M., no lograrán su objeto ; y, con todo, es capaz de obrar tan extraordinario prodigio una sola persona insignificante, si vive en amistad con Dios : al imperio de su voz veréis al muerto levantarse y andar. Y aun otras muchas pruebas os podría dar (1). Si, para servir a Dios, fuese necesario ser rico o sabio, muchas personas tendrían que renunciar a ello. Pero no, H. M., ni las ciencias ni las riquezas son en manera alguna necesarias para servir a Dios ; antes bien, son ellas, con frecuencia, un obstáculo. Sí, H. M., ricos o pobres, sabios o ignorantes, cualquiera que sea nuestro estado, podemos agradar a Dios y salvarnos ; y hasta San Buenaventura dice que lo podemos : «En cualquier estado o condición en que nos hallemos». Escuchadme un momento, y veréis cómo el servicio de Dios es lo más consolador que hallar podemos en medio de todas las miserias de esta vida. Para servir a Dios, no es necesario ni dejar las riquezas, ni los padres, ni los amigos, a menos que ellos os induzcan a pecar ; no tenéis necesidad de ir a pasar vuestra vida en un desierto para llorar allí los pecados ; cierto que, si ello se nos exigiese, deberíamos hasta sentirnos dichosos por haber hallado un remedio eficaz de nuestros males ; pero no, un padre o una madre de familia pueden servir a Dios viviendo junto a sus hijos y educándolos cristianamente ; un criado puede muy bien servir a Dios y a su amo, nada hay que se lo impida ; antes al contrario, su trabajo y la obediencia debida al dueño, se convierten en motivo de méritos. No, H. M., el servicio de Dios no impide ningún modo honesto de

(1) Poned a todos esos grandes emperadores cual Nerón, Maximiano, Diocleciano... Ved al profeta Elías : él solo hizo bajar fuego del cielo sobre el altar del sacrificio, y, en cambio, los sacerdotes de Baal eran quinientos (Nota del Santo).

vivir; al contrario, en él todo lo hacemos mejor: somos más puntuales y asiduos en el cumplimiento de los deberes de nuestro estado; somos más suaves, más humanos, más caritativos; más sobrios en nuestras comidas, más reservados en nuestras palabras; menos sensibles a las pérdidas que experimentamos y a las injurias que se nos infieren; es decir, H. M., que, al someternos al servicio de Dios, realizamos mejor todos nuestros actos, obrando de una manera más noble, más elevada, más digna de un cristiano. En vez de trabajar por ambición o interés, sólo lo hacemos para servir y agradar a Dios que nos lo manda, y para satisfacer a su justicia. En lugar de hacer limosna al prójimo por orgullo o para buscar la estimación de los demás, sólo la hacemos para complacer al Señor y expiar nuestros pecados. Sí, H. M., repitámoslo, el cristiano que conoce su religión y la practica, santifica sus obras sin alterar la manera de portarse; y, sin cambiar ni añadir nada, todo se convierte en objeto de mérito para el cielo. Decidme ahora, H. M.: ¿si hubieseis pensado que era tan dulce y consolador el servir a Dios, habríais podido vivir cual hasta el presente? ¡Ah! H. M., ¡qué remordimiento a la hora de la muerte, al ver que, si hubiésemos sido fieles en servir a Dios, solamente con hacer lo que hicimos habríamos ganado el cielo! ¡Oh Dios mío! ¡qué desgracia para quien se cuente en el número de esos pobres ciegos!

Ahora os preguntaré yo: ¿es por ventura lo externo de la religión lo que os aparece tan repugnante y difícil? ¿Es la oración, los divinos oficios, los días de abstinencia, el ayuno, la frecuencia de sacramentos, la caridad para con el prójimo? Pues vais a ver cómo nada hay costoso en todo esto, según creáis vosotros.

1.º ¿Os parece la oración difícil? ¿Cómo? ¿No es, por ventura, el momento más feliz de nuestra vida? ¿no es por la oración como nos es dado conversar con

Dios cual un amigo con otro amigo? ¿no es en aquel momento cuando comenzamos a practicar lo que después practicaremos en compañía de los ángeles del cielo? ¿no es una gran dicha para nosotros, miserables criaturas, ser admitidos en la santa presencia de un Dios tan grande, y en dicho momento participar tan benignamente de toda suerte de consuelos? Además, ¿no es El quien nos ha dado todo cuanto tenemos? ¿no será, pues, justo que le adoremos y le amemos de todo corazón? ¿No es aquél el momento más feliz de nuestra vida, pues experimentamos en él tantas dulzuras? ¿Es acaso una pena ofrecer a Dios todas las mañanas nuestras oraciones y obras para que las bendiga y nos las recompense en la eternidad? ¿Es por ventura demasiado consagrarle un día cada semana? ¿No debemos, por el contrario, ver con placer la llegada de ese día santo, toda vez que en él se nos enseñan los deberes que hemos de cumplir para con Dios y para con el prójimo, y en él se nos hace concebir un gran deseo de los bienes de la otra vida, lo cual nos induce a despreciar todo cuanto es merecedor de desprecio? ¿No es en los sermones donde venimos en conocimiento de las grandes penas que merece el pecado? ¿No nos sentimos por ellos favorablemente dispuestos a no cometerlo jamás, a fin de librarnos de los tormentos que le están reservados? ¡Oh Dios mío! ¡cuán poco conoce el hombre su felicidad!

Dime: ¿es tal vez la confesión lo que te repugna? Mas ¿dónde hallarás, amigo mío, ventura semejante a la que significa cambiar, en menos de tres minutos, una eternidad desgraciada por otra eternidad de placeres, de alegría y de felicidad? ¿No es la confesión lo que nos devuelve la amistad de Dios? ¿No es la confesión lo que extingue aquellos remordimientos de conciencia que nos atormentaban de continuo? ¿No es ella lo que devuelve la paz a nuestra alma, y nos hace

concebir nuevas esperanzas de conseguir el cielo? ¿No es en aquel momento cuando Jesucristo parece desplegar hasta el infinito los tesoros de su misericordia? ¡Ah! H. M., si no existiera este sacramento, ¡cuánto mayor sería el número de condenados, y cuánto menor el de santos!... ¡Oh! ¡cuán agradecidos a Jesucristo están los santos del cielo, por haber instituído este sacramento!

Decidme, H. M., ¿serán los ayunos que la Iglesia os prescribe lo que os hace considerar pesado el servicio de Dios? Mas la Iglesia no os ordena mayor número de ayunos de los que podéis practicar. Por otra parte, H. M., si consideramos esto con los ojos de la fe, ¿no es una dicha muy grande que, por esas pequeñas privaciones, podamos librarnos de las rigurosas penas del purgatorio? Pero, ¿cuántos hay, H. M., que se condenan a otros ayunos mucho más rigurosos, para conservar la salud, o para satisfacer la gula o el afán de placeres? ¿No vemos muchas veces a una mujer dejar su casa y sus hijos abandonados en manos extrañas?... ¿No vemos a otros pasar las noches en la taberna, en medio de gente ebria, y donde sólo se oyen palabras sucias y abominables? ¿No vemos a muchas viudas malversando los pocos días que les quedan de vida, y que deberían destinar a llorar las locuras de su juventud?... ¿no hallamos a algunas entregadas a toda suerte de vicios, cual si hubiesen perdido la cabeza, siendo la piedra de escándalo de toda una parroquia? ¡Ah! H. M., si hiciésemos por Dios lo que hacemos por el mundo, ¡cuántos cristianos alcanzarían el cielo! ¡Ay! H. M., si tuvieseis que permanecer tres o cuatro horas en la iglesia orando, como las permanecéis en el baile o en la taberna, ¡cuán largo hallaríais ese tiempo!... Si, para oír un sermón, tuvieseis que andar varias leguas, cual las andáis para satisfacer el afán de placeres o la avaricia, ¡ay! H. M., ¡cuántos pretextos, cuán-

tos rodeos para excusaros ! mas para el mundo nada halláis costoso ; y aun más, ni teméis perder a Dios, el alma y el cielo. ¡ Oh ! H. M., ¡ cuánta razón tenía Jesucristo al afirmar que los hijos del siglo eran mucho más celosos en servir a su señor, el mundo, que los hijos de la luz en servir a su dueño que es Dios ! (1). ¡ Ay ! H. M., digámoslo para vergüenza nuestra, no se repara en gastos ni en contraer deudas cuando se trata de buscar placeres ; mas, si un pobre nos implora una limosna, respondemos que nos es imposible, que no tenemos de qué dar ; esto es lo que pasa : todo para el mundo, nada para Dios, puesto que amamos al mundo y no amamos a Dios.

Pero ¿ cuál es la causa, H. M., de que abandonemos el servicio de Dios ? Vedla aquí, H. M. Nosotros quisiéramos servir a Dios y al mundo : es decir, aliar la ambición y el orgullo con la humildad, la avaricia con el espíritu de desprendimiento que el Evangelio nos exige ; deseábamos poder mezclar la corrupción con el espíritu de santidad de la vida divina, en una palabra, el cielo con el infierno. Si la religión ordenase, o a lo menos permitiese, el odio y la venganza, la fornicación y el adulterio, si esto fuese lícito, todos seríamos excelentes cristianos, todo el mundo sería fiel a la religión ; el libertinaje y los demás vicios dejarían de llenar el infierno de réprobos. Mas, para servir a Dios, es imposible llevar semejante conducta ; hemos de ser o todos de Dios, o no serlo en manera alguna.

Si bien hemos dicho, H. M., que todo es consolador en nuestra santa religión, lo cual es muy verdadero, no obstante hemos de añadir que, quien la sigue, debe estar dispuesto a hacer bien a quienes nos causan mal, amar a los que nos odian, no dañar la reputación de los enemigos, defenderlos cuando nos hallamos en pre-

(1) Luc., XVI, 8.

sencia de personas que hablan mal de ellos ; y, en vez de desearles mal, hemos de rogar a Dios que los llene de bendiciones. Cuando Dios nos envía alguna pena o tristeza, lejos de quejarnos, hemos de agradecersele, a semejanza del santo rey David, que besaba la mano que le castigaba (1). Quiere nuestra santa religión que empleemos santamente el domingo, trabajando en procurarnos la amistad de Dios si no tenemos la suerte de poseerla, o en conservarla si felizmente vivimos ya en ella ; quiere también que miremos al pecado como nuestro más cruel enemigo. Pues bien, H. M., esto es lo que en todo caso parece más duro y repugnante. Pero, decidme, al practicar esto, ¿no buscamos nuestra felicidad en este mundo y en la eternidad ? ¡ Ah ! H. M., ¡ cosa ligera e insignificante nos parecería todo esto, si conociésemos a fondo nuestra santa religión, y supiésemos el placer que se siente practicándola ! ¡ cuántos santos sobrepasaron la medida de lo que Dios les exigía para darles el cielo ! Y ellos son los que nos dicen que, si hubiésemos gustado una sola vez las dulzuras y consuelos que se hallan en el servicio de Dios, nos fuera imposible abandonarlo para servir nuevamente al mundo y sus placeres. El santo rey David nos dice que vale más un solo día empleado en el servicio de Dios, que mil de aquellos que los mundanos pasan en medio de sus placeres y alegrías profanas (2).

II. — Decidme, ¿quién de nosotros querría servir al mundo, si tuviésemos la dicha, la gran dicha de comprender todo el alcance de las miserias que en él se experimentan y los tormentos que nos preparamos para la eternidad, al correr en pos de sus placeres ? ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuán ciegos somos al dejar perder tantos

(1) II Reg., XVI, 12.

(2) Quia melior est dies una in atriis tuis super millia (Ps., LXXXIII, 11).

bienes, ya temporales, ya eternos ! ¡ Y todo esto, para gozar unos placeres que sólo tienen la apariencia de tales, para disfrutar una alegría que va mezclada con tantas tristezas y sinsabores ! En efecto, ¿quién quisiera pertenecer al servicio de Dios, si fuesen necesarias tantas precauciones, tantas mortificaciones y tantos sobresaltos, como los que sufrimos por el mundo ? Mirad al que se ha metido en la cabeza atesorar riquezas : no hay viento ni mal tiempo que le detenga ; soporta el hambre, la sed y toda suerte de contrariedades ; muchas veces llega hasta a exponer su vida y perder su reputación. ¡ Cuántos hay que hacen salidas de noche a fin de hurtar algo a sus vecinos, y se ponen en peligro de muerte, o de perder su fama y la de toda su familia ! Sin ir más lejos, H. M., ¿os sería más costoso permanecer en la iglesia durante los divinos oficios y oír la palabra de Dios con respeto, que quedaros fuera del templo para conversar de vuestros negocios temporales o de cosas que nada valen ? Y cuando cantamos aquí las Vísperas, ¿no quedaríais más satisfechos viniendo a la iglesia, que no quedándoos en casa para fastidiaros, mientras aquí se cantan las alabanzas al Señor ?

Pero, me diréis, son muchas las violencias que debemos imponernos si queremos servir a Dios. — Pues yo os digo que hemos de sujetarnos a muchas menos violencias para ir en pos de nuestro Dios y aceptar la cruz que nos ofrece, que para servir al mundo y seguir las propias pasiones, según ahora vais a ver. Pensáis, tal vez, que es muy difícil perdonar una injuria que se os ha inferido ; mas decidme, ¿cuál de los dos sufre mayor pena, aquel que al momento perdona las injurias por amor de Dios, de todo corazón, o aquel que alimenta, durante dos o tres años, negros sentimientos de odio contra el prójimo ? ¿No son tales sentimientos un gusano que le roe y devora continuamente, impidiéndole

a menudo comer con tranquilidad y dormir con sosiego, al paso que el otro, perdonando, al momento halla la paz del alma? ¿No se siente uno más satisfecho teniendo domadas sus pasiones impuras, que queriendo contentarlas? ¿Acaso podemos nunca satisfacerlas del todo? No, H. M., jamás: al salir de un crimen os incitan ya a la comisión de otro, sin que nunca os digan basta; sois su esclavo, y os arrastran a donde quieren. Mas, para convenceros mejor de ello, busquemos a uno de esos hombres que cifran su felicidad en el placer de los sentidos, y se abandonan perdidamente a la inmundicia de las más infames y vergonzosas pasiones. Sí, H. M.; si, antes de entregarse el tal hombre al libertinaje, se le hubiese hecho la pintura de la vida que ahora lleva, ¿habría podido considerarla sin horrorizarse? Si le hubieseis dicho: He aquí, amigo mío, dos partidos a escoger: o reprimir tus pasiones o abandonarte a ellas. Uno y otro ofrecen sus placeres y sus penas, aquí las tienes: escoge de los dos caminos el que prefieras. Si quieres tomar el partido de la virtud, habrás de guardarte de frecuentar la compañía de gente libertina y tomarás por amigos a quienes piensen y obren como tú piensas y obras. Todas tus lecturas serán de libros santos, los cuales te animarán a la práctica de la virtud y te llevarán a amar a Dios; cada día se te presentará un nuevo motivo de amor a El; emplearás santamente el tiempo, y todos tus placeres serán placeres inocentes, los cuales, al mismo tiempo que te aliviarán el cuerpo, fortalecerán tu alma; cumplirás tus deberes religiosos sin afectación, pero con fidelidad; para andar por el camino de la salvación, escogerás un confesor ilustrado y prudente, que no se proponga otra cosa que el bien de tu alma, y seguirás con fidelidad todos sus dictámenes. He aquí, amigo mío, las penalidades que habrás de experimentar en el servicio de Dios. La recompensa será mantener constantemente la paz en el

alma y la alegría en el corazón ; serás amado y apreciado de toda la gente de bien ; te prepararás una vejez dichosa, exenta de un buen número de dolencias, patrimonio frecuente de quienes vivieron una juventud desordenada ; tus postreros momentos serán dulces y tranquilos ; en cualquier aspecto que consideres tu vida, nada en ella hallarás que pueda entristecerte, antes al contrario, todo contribuirá a alegrarte. Las cruces, las lágrimas y todas tus penitencias, vendrán a ser embajadores que el cielo te enviará para consolarte con la certeza de que tu felicidad será eterna y de que nada tienes que temer. Si en tales momentos diriges tu vista hacia el porvenir, verás el cielo abierto para recibirte ; en fin, saldrás de este mundo cual una santa y casta paloma que va a esconderse y recogerse en el seno de su amado ; nada dejarás, y lo recibirás todo. Deseaste solamente a Dios, y hete ahí junto a El por toda una eternidad.

Ahora, si quieres dejar a Dios y abandonar su servicio para seguir al mundo y sus placeres, pasarás la vida siempre deseando y buscando, sin jamás quedar satisfecho ni lograr la felicidad ; en vano pondrás en juego todos los resortes : nunca alcanzarás el objeto propuesto. Comenzarás a borrar de tu espíritu los principios religiosos aprendidos en tu niñez y conservados hasta el presente ; dejarás de leer aquellos libros piadosos con que se alimentaba tu alma, y por medio de los cuales preservábase de la corrupción del mundo ; ya no serás dueño de tus pasiones, sino que ellas te arrastrarán a seguir ciegamente sus impulsos ; te formarás una singular religión para tu uso particular ; te entretendrás leyendo algunos libros malos, de aquellos que sólo respiran libertinaje y sentimientos de desprecio contra la religión, y andarás por el camino que ellos te hayan trazado ; ya no te acordarás de tus pasados días empleados en la penitencia y la práctica de la virtud, en

cuyo tiempo considerabas como el colmo de la satisfacción poder acercarte a recibir los sacramentos, donde el Señor te llenaba de gracias espirituales; y, si te acuerdas de aquel tiempo de tu vida, será sólo para lamentarte de no haberlo dedicado todo a los placeres mundanales; llegarás hasta no creer en nada y negarlo todo; en una palabra, te convertirás en impío: y en este punto, darás rienda suelta a tus pasiones, diciendo que, pues todo acaba con la vida, hay que procurarse todos cuantos placeres estén al alcance. Cegado por las pasiones, te precipitarás de pecado en pecado, sin apenas darte cuenta de ello; te entregarás a todos los excesos de una juventud agitada y corrompida, sin miedo a sacrificar el descanso, los bienes, la salud, el honor, y hasta la misma vida; y no digo tu alma, puesto que no crees en su existencia. Serás el objeto de las hablillas de toda la parroquia; serás mirado como un monstruo, las personas buenas huirán de ti, y sentirán miedo en tu presencia; pero nada de eso te importa, te burlarás de todo y de todos, continuarás tu ordinaria manera de vivir, siguiendo el camino trazado por las desenfrenadas pasiones, las cuales te arrastrarán miserablemente a toda suerte de abominaciones. Unas veces se te verá junto a una joven, poniendo en juego todos los artificios y astucias que el demonio te inspire para engañarla, seducirla y perderla; otras veces te verán, en plena noche, ante la puerta de una viuda ofreciéndole toda suerte de dádivas y promesas para obtener que acceda a tus infames deseos. Te verán también, sin guardar respeto alguno a los sagrados derechos del matrimonio, hollando bajo tus plantas todas las leyes de la religión, de la justicia y de la naturaleza misma, convertido en un infame adúltero. Llegarás hasta a convertir los miembros de Jesucristo en miembros de una prostituta miserable. Y aun irás más lejos, puesto que, viviendo en medio del libertinaje, no solamente te toca-

rá devorar las penas que hieren la mente y el corazón, sino que las enfermedades corporales, la degeneración y la vejez decadente serán tu herencia. Durante tu vida abandonaste a tu Dios; mas la muerte hará revivir aquella fe que con tu mala conducta ahogaste... Y si llegas a reconocer que abandonaste a Dios, El te hará ver que también te dejó ya de su mano, rechazándote para siempre y maldiciéndote por toda una eternidad. Entonces los remordimientos de conciencia, que con tanto empeño habías procurado extinguir, se harán sentir más fuertemente que nunca y te devorarán, a pesar de todo cuanto hagas para ahogarlos; todo te turbará y contribuirá a sumirte en la más desolada desesperación. Si pasas revista a tu vida anterior, contarás los días por el número de crímenes, que serán como otros tantos tiranos que te desgarrarán el alma; tu vida no te ofrecerá sino un cúmulo de gracias despreciadas y un lapso de tiempo precioso, perdido miserablemente; lo necesitabas todo y no te aprovechaste de nada. Si quieres fijarte en el porvenir, los tormentos que devorarán a tu alma te harán pensar si te alcanzan ya las llamas que abrasan a los miserables réprobos; el mundo, al que tanto amaste, al que tanto temías desagradar, al que sacrificaste tu Dios y tu alma, te rechaza y te abandona para siempre. Quisiste seguir sus placeres, y ahora, o sea en el momento en que tanto te aprovecharía cualquier auxilio, vas a quedar abandonado a ti mismo; no tendrás otro recurso que la desesperación, y aun más, al morir y caer al infierno, dirás que el mundo te sedujo, pero que era tarde cuando reconociste tu desgracia. Pues bien, H. M., ¿qué os parece todo esto? Estas son las penas y las alegrías de quienes viven en la virtud, y las de quienes viven para el mundo.

¡ Oh ! H. M., ¡ qué desgracia para aquel que sólo ama al mundo, y deja de lado la salud de su alma !... ¡ cuán dichosa es la vida del que sólo anda en pos de

Dios y de la salvación de su alma ! ¡ Cuántas penas se ahorra ! ¡ cuántos placeres que no son dados gustar a los demás ! ¡ de cuántos remordimientos de conciencia se librará en la hora de la muerte ! ¡ cuántos tormentos evitará para la eternidad !... ¡ Oh ! H. M., ¡ cuán feliz sería nuestra vida, a pesar de todo cuanto puedan hacernos sufrir el mundo y el demonio, si acertásemos a mantenernos fieles en el servicio de Dios, despreciando al mundo y todo lo suyo ! ¡ Oh ! H. M., ¡ cuán profundo es el cambio que se opera en aquel que sólo busca a Dios ! Si os encontráis con un orgulloso que no quiere someterse a sufrimiento alguno, rogad a Dios que le aficione a su servicio : y entonces presenciareis su transformación ; gustará de los desprecios y se despreciará a sí mismo. ¿ Que un marido y su mujer son desgraciados en su hogar ? haced que sirvan a Dios ; entonces no se tendrán ya por desgraciados : la paz y la unión reinarán en su casa. ¿ Que un criado es tratado duramente por su dueño ? aconsejadle que se entregue al servicio de Dios ; desde aquel momento dejará de quejarse, y hasta bendecirá la bondad de Dios por hacerle sufrir el purgatorio en este mundo. Todavía más, H. M., la persona que conoce su religión y la practica, no piensa ya en sí misma, sino solamente en hacer feliz a su prójimo. Y para que os hagáis mejor cargo de esto, ved aquí un ejemplo.

Leemos en la historia que había en la ciudad de Tolosa un santo sacerdote que por su celo y caridad era tenido allí por el padre de los pobres. Con ser él mismo muy pobre, nunca le faltaba con qué socorrer. Un día se le acercó una buena mujer comunicándole que acababan de meter a su marido en la cárcel, quedando ella desamparada y con cuatro hijos ; si nadie se apiadaba de su miseria, forzosamente tendría que morir de hambre. Compadecióse el santo sacerdote hasta derramar lágrimas, y aunque venía ya de hacer la acostumbrada

cuestación para sus pobres, volvió a salir para mendigar otra vez, y dirigióse, entre otros, a casa de un rico comerciante. Mas, en el momento en que aquel sacerdote ponía los pies en aquella casa, el comerciante acababa de recibir una carta en la que se le anunciaba una pérdida considerable. El sacerdote, ignorando el caso, hízole la narración de la miseria en que se hallaba aquella pobre familia. El comerciante le contestó en tono desabrido: «¿Otra vez por aquí? esto es ya demasiado». — «¡ Ah, señor ! ¡ si supieseis lo que pasa !», dijo el sacerdote. — «No, no quiero saber nada, dejadme al momento». — «Pero, señor, insistió el sacerdote, ¿qué será de aquella pobre familia? ¡ ah ! ¡ por favor, tened piedad de sus desgracias !» El otro, preocupado solamente con su propia desgracia, volvióse hacia el sacerdote y le dió un tremendo bofetón. El sacerdote, sin inmutarse en lo más mínimo, presentóle la otra mejilla, diciendo: «Señor, golpeadme cuanto os plazca mientras me deis con qué aliviar a esa pobre familia». Admirado el comerciante de aquello, le dijo: «Pues seguidme»; y tomándole de la mano, condújole a su despacho y, abriendo la caja de caudales, le dió libertad para tomar cuanto quisiese. — «No, señor, replicó humildemente el sacerdote, dadme lo que vos queráis». Y el comerciante, echando mano a sus sacos de moneda, le dijo: «Venid cuantas veces os parezca bien». ¡ Ah ! H. M., ¡ cuán preciosa es la religión para quien la conoce !

En efecto, todo lo bueno que hay en el mundo, es fruto de la religión. Esos hospitales, esos colegios, esas casas de educación, todo ha sido fundado por quienes están al servicio de Dios. ¡ Ah ! ¡ si los padres conociesen la felicidad de que se harían acreedores y la gloria que a Dios tributarían educando santamente a sus hijos ! ¡ Ah ! si estuviesen persuadidos de que en la tierra representan al mismo Dios, ¡ cuánto trabajarían para ha-

cerse acreedores a los méritos de la muerte y pasión de Jesucristo !...

Concluuyamos, pues, diciendo, H. M., que, si seguimos al mundo y queremos contentar nuestras pasiones, jamás seremos felices, ni lograremos alcanzar lo que tan afanosamente anhelamos ; mientras que, alistándonos entre los servidores de Dios, veremos mitigadas nuestras miserias, o mejor, ellas se convertirán en consuelo y alegría sólo al pensar que trabajamos para el cielo. ¡ Qué diferencia entre la muerte del que vivió mal y la del que vivió bien ! la herencia de éste es el cielo ; todas sus luchas van a acabar ; y la felicidad, que presente, va ya a comenzar para nunca tener término. Sí, H. M., ¡ entreguémonos a Dios de todo corazón, y experimentaremos en nosotros los grandes beneficios que Él jamás ha denegado a quien le amó de veras ! Esta es la gracia que os deseo.

DOMINGO DÉCIMOQUINTO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE EL PENSAMIENTO DE LA MUERTE

*Cum appropinquaret portae civitatis, ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suae: et haec vi-
dua erat.*

Al acercarse Jesús a las puertas de la ciudad (de Naim), vió que llevaban a enterrar al hijo único de una mujer que era viuda.

(S. Lucas, VII, 12.)

Nada tan eficaz, H. M., para quitarnos la afición a esta vida y a los placeres del mundo, y para llevarnos a pensar seriamente en aquel momento terrible que debe decidir nuestra eternidad, como la vista de un cadáver que llevan a enterrar. Por esto la Iglesia, siempre atenta y ocupada en proporcionarnos los medios más adecuados para inducirnos a trabajar por nuestra salvación, nos evoca, tres veces al año, el recuerdo de los muertos que Jesucristo resucitó (1); a fin de forzarnos, en alguna manera, a preparar tan temible viaje. En un pasaje del Evangelio (2), nos presenta a una niña de doce años solamente, o sea de aquella edad en que apenas se ha comenzado a gozar de placer alguno.

(1) En la dominica XXIII.^a después de Pentecostés, leemos en el Evangelio de la Misa la resurrección de la hija de Jairo; el jueves de la IV.^a semana de Cuaresma y la dominica XV.^a después de Pentecostés, la del hijo de la viuda de Naim, y el viernes de la IV.^a semana de Cuaresma, la resurrección de Lázaro.

(2) Marc., V, 42.

Con todo y ser hija única, muy rica, y amada con ternura por sus padres, a pesar de todo esto, la muerte la hiere y la arrebató del mundo de los vivientes. En otro pasaje (1), vemos a un joven de unos veinticinco años, en la flor de su edad, el cual constituía el mayor y casi único apoyo y el solo consuelo de una madre viuda; sin embargo, ni las lágrimas ni la ternura de aquella madre desolada pueden impedir que la muerte, esa implacable muerte, haga presa en aquella naturaleza joven. En otra parte del Evangelio (2), hallamos a otro joven, a Lázaro. Este joven hacía las veces de padre respecto a sus dos hermanas, Marta y Magdalena; bien parece que la muerte debiera haberlo tenido en consideración; mas no, la muerte cruel siega aquella vida, y condena sus despojos a la sepultura para ser allí pasto de gusanos. Fué necesario que Jesús obrase tres milagros para devolverlos a los tres a la vida. Abramos los ojos, H. M., y contemplemos por un momento ese conmovedor espectáculo, el cual nos demostrará en forma irrefutable la fragilidad de nuestra vida, y la necesidad de despegarnos de ella, antes que la inexorable muerte nos arranque a pesar nuestro del mundo. «Joven o viejo, decía el santo rey David, pensaré con frecuencia que he de morir, y me prepararé a ello con tiempo». A fin de animaros a hacer lo mismo, voy ahora a mostraros cuán necesario nos sea el pensamiento de la muerte para desengañarnos de la vida y para aficionaros a sólo Dios.

I. — Vemos, H. M., que, a pesar del deplorable grado de impiedad e incredulidad a que han llegado los hombres de este desgraciado siglo en que vivimos, no se han atrevido aún a negar la certeza de la muer-

(1) Luc., VII, 12.

(2) Ioan., XI.

te; limítanse a dirigir todos sus esfuerzos a desterrar su pensamiento, cual si se tratase de un vecino que podría inquietarlos en sus placeres y turbarlos en sus desórdenes. Pero vemos también en el Evangelio que Nuestro Señor Jesucristo quiere que nunca perdamos de vista la consideración de la salida de este mundo para la eternidad (1). Para darnos claramente a entender que podemos morir en todas edades, vemos que no resucita ni a tiernos niños, insensibles aún a los goces de la vida, ni a ancianos decrepitos, quienes, a pesar de su afición a la tierra, han de pensar ya que no tardará mucho en llegar la hora de su partida. Sólo resucita a los que se hallan en aquellas edades en que más fácilmente olvidamos este saludable pensamiento: a saber, desde los doce hasta los cuarenta años. En efecto, pasados los cuarenta años, parece que la muerte nos persigue rápidamente; cada día experimentamos alguna pérdida que es presagio de nuestra pronta salida del mundo; cada día vemos disminuir nuestras fuerzas, encanecerse los cabellos, volverse calva la cabeza, caerse los dientes, debilitarse la voz: todo esto nos dice adiós para siempre, y nos es forzoso reconocer que no somos ya lo que en otro tiempo. No, H. M., nadie se atreve a dudar de todo esto. Sí, H. M., es cierto que llegará un día en que yá no perteneceremos al mundo de los vivos, y en que nadie pensará en nosotros, cual si nunca hubiésemos existido. Aquí tenéis a aquella joven mundana que tanto se esforzó en ataviarse para llamar la atención del mundo: vedla ahora convertida en un puñado de polvo, hollada bajo los pies de los viandantes. Aquí tenéis a aquel orgulloso que tan pagado estaba de su talento, de sus riquezas, de su crédito y de su oficio: vedlo metido en una estrecha sepultura, convertido en comida de gusanos, y echado al

(1) Videte, vigilate, et orate: nescitis quando tempus sit (Marc., XIII, 33).

olvido hasta el fin del mundo ; es decir, hasta el día de la resurrección general en que le volveremos a ver con todo el bagaje de las obras por él realizadas durante su desgraciada vida.

Mas, tal vez me preguntaréis, ¿qué viene a ser ese momento de la muerte, en el cual debemos siempre pensar y que por sí solo es capaz de convertirnos? — Es un instante, H. M., que, no siendo de duración muy perceptible, nos es poco conocido, y, sin embargo, él es el que determina nuestro paso de este mundo a la eternidad. Momento espantoso en sí mismo, H. M., en el que todo cuanto hay en el mundo muere para el hombre, y el hombre muere para todo cuanto le pertenece aquí en la tierra. Momento terrible, H. M., en el que nuestra alma, a pesar de su unión íntima con el cuerpo, se ve separada de su compañía por la violencia de la enfermedad ; después del cual el hombre, despojado ya de todo, deja solamente a la vista del mundo una imagen asquerosa de sí mismo, con los ojos sin expresión, la boca muda, las manos yertas, los pies sin movimiento, el rostro desfigurado, y un cuerpo que presto comienza a corromperse y que ya no es más que objeto de horror. Momento implacable, H. M., en el que los más poderosos y ricos pierden todas sus riquezas, toda su gloria, y sólo les queda por herencia la ceniza de los sepulcros. Momento altamente humillante, H. M., en el que lo más grande queda confundido con lo más miserable de la tierra. Se acabaron los honores y las distinciones, todos quedan a un mismo nivel. Pero momento, H. M., mil veces aun más terrible por sus consecuencias que por su misma realidad presente, pues las pérdidas que en él nos sobrevienen son irreparables. «El hombre, nos dice el Espíritu Santo hablando del moribundo, irá a la mansión de su eternidad» (1).

(1) Quoniam ibit homo in domum aeternitatis suae (Eccles., XII, 5).

Momento breve, es cierto, H. M., pero decisivo, después del cual ni el pecador puede esperar ya misericordia, ni el justo adquirir nuevos méritos. Instante cuyo solo pensamiento ha llenado los monasterios de grandezas mundanas que abandonaron el siglo para no pensar más que en aquel terrible tránsito de este mundo al otro. Momento, H. M., cuyo solo pensamiento ha poblado los desiertos de santos, entregados continuamente a todos aquellos rigores y penitencias que su amor a Dios supo inspirarles. Momento terrible, aunque breve, H. M., el cual, sin embargo, lo decide todo por una eternidad.

Y siendo esto así, H. M., ¿cómo es posible que dejemos de pensar en él, o le dediquemos una atención tan secundaria y débil? ¡Ay! H. M., ¡cuántas almas están ahora ardiendo por haber desechado ese saludable pensamiento! Olvidemos, H. M., olvidemos un poco el mundo, sus riquezas y sus placeres, para ocuparnos en aquel terrible momento. Imitemos, H. M., a los santos, que hacían de ello su principal ocupación; dejemos perecer lo que con el tiempo perece, y cuidemos de lo que es permanente y eterno. Sí, H. M., nada tan eficaz como el pensamiento de la muerte para hacernos abandonar la vida de pecado, para hacer temblar a los reyes en sus tronos, a los jueces y a los libertinos en medio de sus placeres. Os recordaré un ejemplo, H. M., que os mostrará cómo nada resiste a este pensamiento cuando se medita seriamente. Nos refiere San Gregorio que había un joven, por cuya alma se interesaba mucho, el cual estaba ardientemente apasionado por una joven, hasta el punto de que, al morir ésta, quedó poseído de una tristeza tal que nada era capaz de consolarle. El Papa San Gregorio, después de muchas oraciones y penitencias, fué al encuentro del joven aquel y le dijo: «Amigo mío, sígueme, y podrás ver aún a aquella que te hace exhalar tantos sus-

piros y derramar tantas lágrimas». Y tomándole de la mano, le condujo ante la sepultura de la joven. Allí hizo levantar la tapa que cerraba la tumba, y aquel joven, al ver un cuerpo tan horrible, tan hediondo, lleno de gusanos, es decir, que otra cosa no era ya sino una masa corrupta, retrocedió lleno de horror. «No, no, amigo mío, le dijo San Gregorio, acércate, y fija por un momento tu atención en ese espectáculo que la muerte te ofrece. Mira, amigo mío, contempla lo que ha sido de aquella hermosura deleznable a la cual tan aficionado estabas. ¿No ves ese cráneo descarnado, esos ojos sin vida, esa osamenta lívida, esa amalgama horrible de cenizas, de podredumbre y de gusanos? He aquí, amigo mío, el objeto de tu pasión, por el cual tantos suspiros has exhalado, sacrificando tu alma, tu salvación, tu Dios y tu eternidad». Aquellas conmovedoras palabras, aquel triste espectáculo causaron una tan viva impresión en el corazón del joven, que, reconociendo desde entonces la nada de este mundo y la fragilidad de toda belleza perecedera, renunció al momento a las vanidades terrenas, no pensó ya en otra cosa que en morir bien, y a este fin huyó del mundo para ir a pasar su vida en un monasterio y llorar, por el resto de sus días, los extravíos de su juventud, y al fin morir como un santo. ¡Qué dicha, H. M., la de aquel joven! Imitémosle, H. M., puesto que nada es tan eficaz para desarraigarnos de esta vida y determinarnos a dejar el pecado como este feliz pensamiento de la muerte.

¡Ah! H. M., ¡cuán distintos son los pensamientos que nos vienen a la hora de la muerte de los que nos ocurren durante la vida! Ved aquí un ejemplo. Refiérese en la historia, que había una dama adornada de todas aquellas cualidades que tanto agradan al mundo, a cuyos placeres era ella muy aficionada. ¡Mas ay! H. M., esto no impidió que, como los demás, llegase a sus postreros momentos, por cierto, mucho antes de

lo que ella deseara. Al principio de su enfermedad le ocultaron el peligro en que se hallaba, cosa que se acostumbraba en la mayoría de los casos. No obstante, el mal iba progresando cada día y fué necesario advertirle que había llegado la hora de prepararse para la eternidad. Entonces tuvo que hacer aquello que nunca había hecho, y hubo de pensar en lo que jamás había pensado; de todo lo cual quedó en extremo atemorizada. «No creo, decía ella a los que le dieron tan saludable advertencia, que mi enfermedad sea tan peligrosa, aun me queda tiempo»; mas volvieron a conminarla diciéndole que el médico la creía en peligro. Púsose a llorar, lamentando tener que dejar la vida en una edad en que aún podía disfrutar de muchos placeres. Pero, a pesar de su llanto, le hicieron presente que en este mundo no había nadie inmortal, y que, si escapaba de aquella enfermedad, más tarde vendría otra y se la llevaría de este mundo; que lo que debía hacer, pues, era poner en orden su conciencia, a fin de poder comparecer con confianza ante el tribunal de Dios. Poco a poco fué entrando en sí misma, y, como no le faltaba instrucción, pronto quedó convencida de lo que le decían; comenzó a derramar lágrimas por sus pecados; pidió un confesor, para declararle sus culpas, las cuales no quisiera haber jamás cometido. Ofreció ella misma el sacrificio de su vida; confesó sus culpas con gran dolor y abundancia de lágrimas; rogó a sus compañeras o amigas que fuesen a visitarla antes no saliese de este mundo, lo cual se apresuraron ellas a cumplir. Una vez las tuvo alrededor de su cama, díjoles llorando: «Ya veis, estimadas amigas, en qué estado me hallo; he de comparecer ante Jesucristo para darle cuenta de todos los actos de mi vida; no ignoráis cuán mal he servido a Dios, y, por lo tanto, cuánto tengo ahora que temer; sin embargo, voy a abandonarme en brazos de su misericordia. El gran consejo

que quiero daros en esta hora, mis buenas amigas, es de que, si queréis convertirlos de veras, no esperéis a aquel momento en que ya nada se puede, y en que, a pesar de las lágrimas y del arrepentimiento, se corre gran peligro de perderse por toda una eternidad. Al veros hoy por última vez, os conjuro a que no perdáis ni un momento del tiempo que Dios os concede, y que tanta falta me está haciendo ahora a mí. Adiós, amigas mías, voy a partir para la eternidad; no me olvidéis en vuestras oraciones, a fin de que, si tengo la dicha de ser perdonada, podáis ayudarme a salir del purgatorio». Aquellas compañeras de la moribunda, que ciertamente no aguardaban un tal discurso, se retiraron derramando lágrimas y animadas de un gran deseo de prepararse para aquel momento en que tanto atormenta el pesar de haber perdido un tiempo tan precioso.

¡ Oh ! H. M., ¡ cuán dichosos, si el pensamiento de la muerte y la presencia de un cadáver nos causasen la misma impresión y obrasen en nosotros idéntica transformación ! Y no obstante, al igual que aquellas personas que se convirtieron viendo la muerte de aquella joven, tenemos nosotros también un alma por salvar ; y tenemos también a nuestra disposición las mismas gracias, si queremos aprovecharnos de ellas. ¡ Ay, Dios mío ! ¿ por qué aficionarnos tan perdidamente a la vida, cuando sabemos que participamos de ella sólo un instante, pasado el cual deberemos dejarlo todo, para no llevarnos otra cosa que el bien o el mal que hayamos hecho?... ¿ Por qué, H. M., unirnos tan débilmente a Dios, cuando El hasta en este mundo constituye toda nuestra felicidad, para continuarla después eternamente ? ¿ Cómo podríamos aficionarnos a los bienes y placeres de este mundo, siuviésemos fuertemente grabadas en el corazón estas palabras : « Venimos al mundo desnudos, y salimos de la misma manera ». Sin embar-

go, sabemos, y lo vemos todos los días, que el más rico no se lleva de aquí más que el más pobre. El gran Saladino, aquel sultán que por la magnitud de sus victorias hiciera temblar el universo entero, hubo de reconocerlo así antes de morir. Al ver llegada su última hora, reconociendo mejor que nunca el vacío de las grandezas humanas, ordenó al que acostumbraba a precederle llevando su estandarte, que tomase un pedazo de tela de la que estaba preparada para amortajarle, la colocase en la punta de una pica y recorriese las calles de la ciudad, gritando lo más alto posible : «Ved todo lo que el gran Saladino, vencedor del Oriente y señor del Occidente, se lleva de entre todos sus tesoros y victorias : un sudario». ¡ Oh Dios mío ! cuán prudentes seríamos si este pensamiento de la muerte no nos abandonase jamás.

En efecto, H. M., si el avaro, en los momentos en que no repara en injusticias ni engaños para atesorar riquezas, pensase que pronto lo habrá de dejar todo, ¿podría aficionarse tan fuertemente a los objetos que han de labrar su perdición eterna ? Mas no, H. M., al ver nuestra manera de vivir, creeríase que nunca debemos dejar este mundo. ¡ Ay ! ¡ cuánto es de temer que, si nos obstinamos en vivir en la ceguera, muramos también del mismo modo ! Oíd un espantoso ejemplo de lo que os digo.

Leemos en la historia que el cardenal Belarmino, de la Compañía de Jesús, fué llamado a la cabecera de un enfermo que había sido procurador, y que, durante su vida, había por desgracia preferido el dinero a la salvación del alma. Creyendo que le llamaba sólo para arreglar los asuntos de su conciencia, se apresuró a complacerle. Al entrar, comenzó a hablarle del estado de su alma ; mas pronto el enfermo le atajó diciendo : «Padre, no os he llamado por esto, sino solamente para consolar a mi mujer que está desolada al ver mi muerte